

El Peregrino

Caminaba con cuidado esa mañana de Julio, tenía apuro, sin embargo temía resbalar en las veredas escarchadas por el intenso frío de la víspera. Llevaba consigo el sabor dulce de la leche caliente y el olor del pan tostado, que diariamente le preparaba la madre.

Avanzó somnolienta por el angosto pasaje donde vivía, sólo sobresaltada de tanto en tanto por los perros que ladraban detrás de las rejas y por entre las ligustrinas y los cardenales mal cuidados de las modestas casas de sus vecinos. Le faltaba poco menos de una cuadra para llegar a la parada de autobuses cuando divisó pasar el único bus que le servía. En su teléfono logró ver la hora; las 6:33. Hundió rápidamente las manos enguantadas, en los bolsillos de su chaquetón, elevó los hombros hacia las orejas en una contracción muscular instintiva para capear el frío y continuó caminando hasta llegar a Gran Avenida. Ya en la parada se podía apreciar el lento despertar de la ciudad húmeda; el tráfico vehicular crecía lentamente, los buses circulaban con su pasaje completo, como visión fantasmagórica a través de los vidrios empañados. Tras quince largos minutos de esperar, paseándose y golpeando la planta de los zapatos contra el cemento de la acera, para intentar comunicar un poco de calor a sus torturados pies, logró por fin, treparse a la 611. Mirando por sobre sus lentes empañados, avanzó por el pasillo, buscando un espacio donde instalarse sin molestar y sin que la molestaran. Calculó que llegaría holgada de tiempo, de modo que se relajó y se dejó llevar por el ronronear del motor y sus propios devaneos...¿hará la clase el “peco” hoy, o la vieja? Ojalá venga el “peco”, como casi siempre.

Le gustaba la barba cortita y el pelo desordenado del “peco”, sus ojos de niño y sus gruesas piernas de futbolista pero, más que nada le gustaba mirarlo fijo, cuando él hacía ayudantía. Se ponía nervioso, perdía el hilo y la miraba como pidiéndole ayuda.

¿No se dará cuenta este pájaro, que me gusta? ¡si es tan rico!, ¡ya caerá!...

En el paradero 25 se desocupó un asiento que ocupó presurosa, se despojó de los guantes y extrajo de su mochila Mickey, unos apuntes de Estadística que comenzó a examinar, la prueba sería en dos días más. No había alcanzado a hojear más de tres hojas cuando recordó, con desagrado, que hoy tenía que hablar con “el peregrino”, por dos décimas, dos malditas décimas que la harían atrasarse otro semestre. El sólo hecho de pensar que tenía que hablar con él, le producía una gran angustia y un tremendo malestar, la descolocaba, tanto que si alguien hubiera reparado en su rostro, por el rictus que exhibía, habría pensado que tenía un fuerte dolor de estómago.

Habiendo tantos “profes” buenos, tocarme de nuevo este viejo...¡ah que rabia!

Oscar de la Carroza, “el peregrino”, era un profesor de especialidad y jefe de carrera, un Ingeniero oscuro, muy poco querido por el alumnado debido a su descortés forma de tratarlos, a su habitual abuso de poder y a su débil desempeño profesional. Pertenece a esa casta encumbrada de profesionales mediocres que saprofitan de las universidades estatales, que no pudiendo ejercer sus profesiones, ejercieron sus frustraciones sobre los alumnos y usaron la docencia como vulgar método de subsistencia.

De la Carroza debía su apodo a la costumbre de ponerse a caminar cada vez que algún alumno le dirigía la palabra. Bastaba sólo una pregunta en algún pasillo para que “el peregrino” pusiera la vista en el horizonte, lanzara hacia delante el vientre

prominente, cruzara las manos tras la espalda y echara a andar su humanidad de 66 años, dando desde las alturas, con sus ojos adormilados, una que otra leve mirada de soslayo a su interlocutor que se afanaba por seguirle el paso, tratando de adivinar si “el peregrino” le escuchaba. Giraba por los vericuetos del campus respondiendo con sutiles movimientos de cabeza o algunos escasos monosílabos hasta que el molesto estudiante desistía y se quedaba parado, impotente, mirándolo alejarse.

—El foco principal de una lente delgada con caras esféricas es el punto **F**, donde los rayos paralelos y próximos al eje son enfocados; el foco es real para una lente convergente y virtual para una lente divergente. La distancia focal **f** es la distancia que hay del foco principal a la lente... ¿Entiendes Rocío?

—¿Yo? eh, si, si entendí, gracias.

“Pequito” lindo cómo no le voy a entender a usted. Si se le ve la boquita tan rica cuando dice Rocío. Me encanta cuando dice Rocío. Si hasta me dan ganas de morderlo. Por ahora podría hacerle un poema...hum ¿cómo sería? A ver... si, ya sé,

“El foco principal de mi atención son tus ojos, tu boca, tu mirada de niño,
todo lo que me lleve al punto centro de tu corazón.

Para converger a ti, para enfocarme en ti para acortar esa distancia que nos separa, para acortar ese tiempo virtual que nos separa y quedar muy próximos y paralelos, y por qué no, también,
...circulares”.

¡Pucha!, apagaron la luz para ver esas famosas luces convergentes sobre los lentes no sé cuantito, ya no puedo seguir escribiendo.

Rocío salió, pocos minutos después, de su clase de Óptica entre la algarabía de sus compañeros y se dirigieron todos al casino, a preparar la próxima prueba. Tras compartir algunos minutos con los demás, se despidió para dirigirse a la oficina del “peregrino”.

Apesadumbrada, ante la perspectiva de hablar con él, Rocío subió lentamente las escaleras hasta el tercer piso. No quiso usar el ascensor para tener más tiempo para darse valor.

—Hola Teresita, ¿cómo estás? ¿está Don Oscar?

—Está con un profesor, tendrías que esperar para ver si te puede atender.

—Ah, Teresita, a propósito, a mi mamá le encantó tu miel pero ya se le acabó.

—Ya Rocío, ahora se desocupó. Voy a ver si te puede recibir.

—Ya, pasa, dijo que te podía dar diez minutos.

—Permiso Don Oscar, buenos días. Dijo tímidamente.

De la Carroza, sentado en su escritorio, levantó la vista ante el saludo tímido de la recién llegada y volvió a concentrarse en un documento sobre la mesa.

Rocío, en el umbral de la puerta, dudaba, no se atrevía a entrar. Esperó unos segundos.

—¡Señorita! Va a pasar o no.

—Si, si, permiso.

Se paró frente a él, a un costado del sillón para visitas. De la Carroza no le ofreció asiento ni dejó de leer lo que tanto le distraía. Rocío volvió a dudar, si hablaba o esperaba a que se desocupara.

—¡Ya pues niñita! hable de una vez...

—Don Oscar yo... yo quería pedirle que... yo vengo por un problema con una nota. Es que yo tengo que egresar este semestre y...

—Egrese pues m'hijita...yo qué tengo que ver.

—Lo que pasa es que en su ramo me faltan dos décimas para que me dé la nota y en la última prueba me equivoqué en un signo en el resultado final y usted me bajó dos décimas por eso.

—Estaba malo entonces.

—Si, pero el desarrollo estaba todo bueno, sólo me comí un signo al final y yo estoy bien en todos los ramos y si usted pudiera ayudarme...

—Cuando sea profesional usted no puede equivocarse en un signo. Lo contrario significa que usted no sirve y que nosotros no la formamos bien. Debe tener más cuidado y hacer de nuevo el ramo.

El "peregrino" se levantó y salió de su oficina, atravesó el hall de la secretaria e ingresó a los pasillos exteriores. Rocío, llena de impotencia, salió tras él.

—Profesor, espere por favor, escúcheme...

De la Carroza continuó caminando en dirección a los ascensores. En mitad del pasillo, Rocío lo veía a contraluz, recortado contra los ventanales del fondo, enfundado en el largo abrigo negro, que le hacía juego con su alma.

Pensaba rápidamente, tratando de dar con un argumento apropiado antes que el profesor se alejara definitivamente.

De pronto recordó una conversación con una ex compañera en que ésta le contó que "el peregrino" a veces aceptaba favores sexuales, que a ella le había resultado. Le dio asco sólo pensarlo pero consideró, por momentos, la posibilidad. Dudó, una pena infinita la embargó cuando aceptó la idea y salió corriendo tras de De la Carroza. Sentía como si corriera en cámara lenta, como si se viera a sí misma en una película.

¡Don Oscar! —gritó, sin dejar de correr. Él se detuvo y giró hacia ella, cuando ya llegaba al final del pasillo.

Mientras corría, algunos objetos cayeron de su mochila pero, no se detuvo. Pensó que ello le daría más dramatismo a su actuación. Corría y no sabía que haría o que diría. ¿hablarle alguna obscenidad?, ¿tocarlo?, no sabía. De la Carroza esperaba desafiante. Seguía corriendo mientras la luz de los grandes ventanales la bañaba a raudales recortando la silueta espectral del jefe de carrera, sentía que la luz la purificaba frente a lo deleznable de su futuro acto, corría y las lágrimas también corrían por su cara, corría y pensaba con suma vergüenza en su madre y en su padre cesante, corría y sentía que nada ya tenía sentido

. Cuando la luz ya la enceguecía, “el peregrino” se encontraba a tan solo un metro de distancia, entonces, levantó sus manos pequeñas hacia los genitales del oscuro funcionario y, sin embargo, en una contracción involuntaria o quizá no tanto, sus manos blancas se hundieron en la barriga flácida del docente y no en sus genitales.

Recién en ese instante, paró de correr pero, no de llorar. De la Carroza trastabilló con el empujón y su espalda se estrelló contra el gran ventanal, haciéndolo estallar. La luz purificó completamente a Rocío que vio como “el peregrino”, cual títere patético, describía en el aire, un movimiento parabólico. Vio como sus ojos de espanto, por primera vez se abrían completamente y se cerraban violentamente al efectuar un perfecto choque plástico contra el pavimento, tres pisos más abajo.

Por fin, Oscar De la Carroza dio una buena lección, que el alumnado agradeció profundamente.